

De la resistencia a la convicción. Así me hice docente

Martha Leticia Rangel Zamora*

La profesión docente no se elige siempre desde la vocación; en muchos casos, se construye desde la historia. Yo no recuerdo haber dicho “quiero ser maestra”.

Soy resultado de lo vivido. Hija de un padre fuerte, recio, que me enseñó a no depender de nadie, a defender mis ideales y a no rendirme jamás. De él aprendí el carácter, la firmeza y la convicción. Pero también fue él quien identificó en mí algo que yo aún no reconocía. Desde joven, ayudaba a mis compañeros a prepararse para sus exámenes extraordinarios; lo hacía de manera natural, sin atribuirle un valor particular. Sin embargo, mi padre observaba con atención estas acciones. Fue él quien, con total certeza, afirmó: “Tienes talento para enseñar y serás maestra”. A mí nunca me preguntó si yo quería serlo.

De mi madre heredé el trabajo incansable, la disciplina y el perfeccionismo. Sus palabras, duras, pero profundamente formadoras, aún resuenan en mí; con ella aprendí que rendirse no era una opción. Entre esas dos influencias fui construyendo quién soy: una mujer exigente, sistemática, perseverante, fuerte y valiente; y, sin darme cuenta, también se fue configurando la maestra que soy ahora.

Mi formación escolar estuvo marcada por múltiples tensiones. Cursé la educación básica en colegios privados con ideologías religiosas; en estas instituciones, la autoridad era incuestionable y el castigo formaba parte del proceso educativo. Como estudiante, me caractericé por cuestionar, por defender lo que consideraba injusto, por inconformarme y argumentar. Estas actitudes me llevaron, de manera constante, a enfrentar sanciones y castigos. A partir de estas experiencias, comprendí algo que marcaría profundamente mi vida y que hoy se refleja en mi práctica docente: las y los maestros detentan un poder derivado de su condición de autoridad; sin embargo, ese poder puede generar afectaciones cuando se ejerce sin sensibilidad.

También viví el peso de la desigualdad. Hubo momentos en los que mi apariencia física y mi forma de vestir determinaban el trato que

recibía. A partir de estas experiencias comprendí que la escuela no siempre opera bajo principios de equidad, y que, con frecuencia, las personas son valoradas a partir de percepciones construidas desde lo externo. Aprendí, desde entonces, que la forma en que eres visto incide directamente en la manera en que eres tratado.

Por ello, cuando me convertí en maestra, tomé una decisión: ningún niño o niña en mi aula tendría menos oportunidades por su apariencia, por su contexto o por lo que tiene o no tiene. Todos participan, todos cuentan, todos valen. Decidí conducirme bajo principios de equidad e igualdad, garantizando su derecho a una educación libre de discriminación y de cualquier forma de violencia.

Como estudiante, comprendí que el conocimiento también es poder, pero no un poder para imponerse, sino para abrir caminos. Al concluir la preparatoria, mi futuro ya estaba definido: mi padre me envió a realizar los trámites correspondientes a la Normal y, para mi frustración, fui aceptada. En ese momento, ya era alumna de la Normal.

Nada de esa escuela me gustaba. No lograba sentirme parte de ese espacio: no encajaba con mis compañeras, ni con los docentes; todo me resultaba ajeno. Las dinámicas de integración, los cantos, las actividades... todo me parecía distante de mis intereses y de mis ideales. Sin embargo, por la forma en que fui educada, había algo en mí que no me permitía hacer las cosas a medias. Y entonces, en medio de esa inconformidad, tomé una decisión: si iba a ser maestra, sería la mejor. Y entonces ocurrió algo que cambió todo.

En noviembre de 1994, durante mi primera visita de observación a un preescolar, me encontré con una realidad que me marcó profundamente. No fueron las actividades ni la organización del aula lo que me impactó; fueron los niños. Niños en situación de vulnerabilidad, con carencias evidentes y con necesidades que iban más allá de lo académico.

Recuerdo, en particular, a uno de ellos: un niño de entre tres y cinco años que se acercó a mí durante el recreo, mientras yo descansaba bajo la sombra de un árbol, y, con una manzana ya mordida en la mano, me dijo: “Maestra, te la regalo, cómetela”. Quería compartirla conmigo. Ese gesto, aparentemente simple, revolucionó todo mi ser.

Lo que ese niño me generó fue una profunda ternura; sin embargo, al mirar el contexto en su conjunto, sentí una gran impotencia ante la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban muchos de los niños y niñas de ese plantel, frente a carencias que iban mucho más allá de lo que yo, en ese momento, sabía cómo atender. No sabía qué hacer ante esa realidad. Pero, al mismo tiempo, emergió en mí una convicción que hasta entonces no había experimentado: yo podía hacer algo por ellos. Ese momento transformó mi mirada y resignificó mi presencia en ese espacio.

Ahí comprendí que ser docente no se reduce a la enseñanza de contenidos, sino que implica la posibilidad de incidir en la vida de otros: acompañar, orientar y abrir oportunidades donde, en muchos casos, parecían no existir.

El impacto de esa experiencia fue determinante, al grado de motivarme a continuar con mi formación. Ingresé a la Escuela Normal Superior de Jalisco para estudiar la Licenciatura en Pedagogía en periodos vacacionales. Para entonces, mi permanencia en ese espacio ya no respondía a una imposición, sino a una convicción que comenzaba a construirse.

Durante mi formación tuve maestros que dejaron una huella profunda. Docentes que no sólo enseñaban, sino que inspiraban. Recuerdo su forma de hablar, de vestir, de conducirse y de compartir el conocimiento. De ellos comprendí que enseñar también es un acto de presencia, de coherencia y de entrega. Aprendí la importancia de la organización, la planeación y el rigor académico, pero también el compromiso con lo que se hace y la pasión por la docencia. Y, sin darme cuenta, comencé a admirar lo que antes rechazaba.

Mi inicio en el servicio se desarrolló en una comunidad rural, atendiendo a un grupo de 45 niños de distintas edades. Contaba con referentes teóricos sobre metodología, estrategias, planeación y evaluación; incluso disponía de recursos didácticos como canciones y rimas. No obstante, la atención de un aula multigrado implicaba una complejidad que desbordaba lo aprendido. La teoría resultaba insuficiente frente a una realidad diversa y altamente demandante, para la cual no tenía aún herramientas claras de interven-

ción. La incertidumbre era constante; sin embargo, tenía una certeza inamovible: no podía fallar.

En este escenario comenzó a gestarse un proceso de aprendizaje distinto, en el que la práctica dejó de ser sólo un espacio de aplicación para convertirse en un espacio de comprensión, cuestionamiento y reconstrucción de mi quehacer docente. Fue durante mi proceso de formación de posgrado, al cursar la maestría, donde me enfrenté a mí misma y comprendí que estaba lejos de ser la maestra perfecta que creía ser. Ese momento, lejos de debilitarme, se convirtió en un punto de inflexión que transformó mi manera de entender la docencia.

Porque, si algo me define, es la disposición para reconocer mis propios límites y áreas de mejora; me impulsa, sobre todo, el deseo constante de ser mejor. A partir de entonces, mi práctica cambió de manera significativa. Aprendí a cuestionarme, a reflexionar de forma sistemática y a reconocer la experiencia como una fuente permanente de aprendizaje. Comprendí que enseñar no es imponer, sino acompañar.

A lo largo de mi trayectoria he tenido la oportunidad de asumir diversas responsabilidades en el nivel preescolar y en el nivel superior y posgrado; cada uno de estos espacios ha fortalecido mi comprensión de la educación y ha reafirmado mi compromiso con su sentido social. Hoy sé que mi forma de enseñar está profundamente marcada por mi historia.

Mi llegada a la docencia no fue un acto de elección consciente, fue un proceso de construcción. De experiencias, de heridas, de aprendizajes, de encuentros con otros que dejaron huella. En este sentido, como señalan Fierro, Fortoul y Rosas (1999), el docente es un “sujeto con ciertas cualidades, características y dificultades que le son propias; un ser no acabado, con ideales, motivos, proyectos y circunstancias de vida personal que le imprimen a la vida profesional determinada orientación” (p. 99).

Por eso me hice docente. Porque entendí lo que duele no ser visto. Porque aprendí lo que significa ser exigido sin ser comprendido. Porque viví lo que es abrirse camino desde la adversidad. Porque alguien vio en mí un talento que yo no veía y porque descubrí que desde

el aula se puede hacer algo distinto. Ser docente, para mí, no es sólo enseñar contenidos; es formar, acompañar y transformar. Es mirar a cada estudiante como posibilidad, no como límite. Me hice docente desde el corazón, porque en el fondo, es una forma de devolver al mundo lo que la vida me enseñó.

Referencias bibliográficas

Fierro, C., Fortoul, B. y Rosas, L. (1999). *Transformando la práctica docente*. México. DF: Paidós.

*Doctorante en Desarrollo Educativo con énfasis en Formación de Profesores. Supervisora zona 60 preescolar estatal y académica de la Unidad 143 Autlán de la Universidad Pedagógica Nacional. rangelzamora-marthaleticia@gmail.com

